ANECDOTAS DE KIM IL SUNG

1

PYONGYANG, COREA
96 (2007) DE LA ERA JUCHE

ANECDOTAS DE KIM IL SUNG

1

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
PYONGYANG, COREA
96 (2007) DE LA ERA JUCHE

El Presidente Kim Il Sung entre obreros (abril de 1961).

El Presidente Kim Il Sung conversando con campesinos de la comuna Chongsan del distrito Kangso (octubre de 1958).

El Presidente Kim Il Sung en su visita a la Fábrica de Maquinaria de Ryongsong, exhorta a los obreros a lograr mayores éxitos laborales (marzo de 1959).

El Presidente Kim Il Sung comprobando si funciona bien el acueducto de una familia campesina en el distrito Kyongsong, provincia de Hamgyong del Norte (junio de 1972).

El Presidente Kim Il Sung recorrió el almacén de libros del Palacio de Estudio del Pueblo (septiembre de 1981).

El Presidente Kim Il Sung visitó la Escuela Primaria de Taedongmun el primer día de clases (septiembre de 1972).

DE LA REDACCION

Kim Il Sung (15 de abril de 1912-8 de julio de 1994), cuya máxima era “considerar al pueblo como el cielo”, estuvo siempre entre el pueblo y consagró toda su vida en aras de este.

Los miles y miles de kilómetros de la trayectoria que recorriera durante la Revolución Antijaponesa y en las visitas de orientación a los distintos lugares del país atesoran un sinnúmero de episodios que hablan de su amor hacia sus coterráneos.

Este libro contiene algunos de ellos.

Año 2007

INDICE

A todo trance visitó el campamento secreto de Mihunzhen 1
Túmulo surgido sobre la nieve 2
La equivocación del “Prohombre”..... 3
30 *yuanes* 5
Boda de un peón joven 6
Dura crítica al ayudante 8
Rara petición de un anciano septuagenario 9
Cedió su mesa de cumpleaños para la boda de una pareja..... 10
El Presidente del Comité Popular de Corea del Norte y una niña guardia..... 12
La orden de Kim Il Sung por escrito a un desposado joven..... 13
Bueyes que regresaron en tren..... 14
18 aves y un cesto de huevos..... 16
El centinela abrigado del gorro de piel del Comandante Supremo..... 17
Arroz que pasó al dispensario militar 18
El Comandante Supremo se calzó en el verano con botas enguatadas de soldado 19

Medida urgente 21
La resolución No. 203 del Consejo de Ministros..... 22
Carrera imprevista 23
Kim Il Sung y un niño descalzo..... 25
Nueva partida del presupuesto estatal..... 26
Un bienhechor con quien se encontró en el camino..... 28
Un Dok..... 29
Zapatillas de tela no desechadas 31
Felicitación a un exmilitar mutilado de honor..... 32
Sesión del Comité Político convertida en reunión de padres de alumnos..... 33
El camino no aprovechado durante tres años 34
Carpa reconstituida 36
En el mejor terreno 37
“Primogénito” de la difunta señora Jang Kil Bu..... 39
Visita en el último día del año 40
Tumba de un mártir en Taehongdan 41
Periscopio en el despacho 42
Genealogía real y sello nacional reaparecidos a los 600 años..... 43
Tumba de Tangun a los pies del monte Taebak..... 44
El último día de ilimitada abnegación 46

A todo trance visitó el campamento secreto de Mihunzhen

Al terminar la Conferencia de Nanhutou (Conferencia de los Cuadros Militares y Políticos del Ejército Revolucionario Popular de Corea, febrero de 1936), Kim Il Sung se dirigió hacia la región del monte Paektu y de paso decidió visitar el campamento secreto de Mihunzhen, ubicado en medio de selvas milenarias.

En el camino se encontró con guerrilleros de la compañía No. 1 del primer regimiento de la primera división independiente y les pidió que lo guiaran al campamento secreto, pero ellos imploraron que desistiera de esa visita:

“General, todo el valle de Mihunzhen está contaminado de tifus, no le permitiremos que vaya allí.”

“Muchos han muerto. ¿Cómo vamos a guiarlo a usted a tal lugar? ¡Ni hablar! No podemos comprometerlo en tal aventura.”

Todos sabían de cuán terrible enfermedad se trataba, pues la habían experimentado en la zona guerrillera. Había arrancado la vida a muchas personas.

Mas Kim Il Sung se obstinó:

“El tifus se genera en el cuerpo del hombre, por eso es posible tratarlo y curarlo. ¿Acaso el hombre no puede salir victorioso en el combate contra la epidemia?”

Los guerrilleros no dieron su brazo a torcer:

“¿Cómo puede vencer el hombre la epidemia? De eso ni hablar. Ante ese mal no hay diferencia de fuertes y débiles.

Muy fuerte era el jefe de compañía Choe Hyon, pero lleva varias semanas en cama, atrapado por el tifus.”

El General se sobresaltó:

“¿Qué dicen, ese hombre de hierro también está contagiado por el tifus? Ahora tengo un motivo más para ir a Mihunzhen.”

Jefes y soldados, dándose cuenta de que no tenían más remedio que acceder a la petición de Kim Il Sung, le imploraron encarecidamente que, una vez allí, no entrara en el cuartel de los enfermos bajo ningún concepto.

Sin embargo, apenas llegó al destino, el General entró primero al cuartel donde estaban aislados más de 50 afectados por la fiebre.

“…No entre usted, le pido, ¡no debe entrar!”, gritó atropelladamente Choe Hyon con cara demacrada, arrastrándose hacia la puerta.

Kim Il Sung se le acercó y le tomó la mano fuertemente por debajo de la manta.

Los ojos de Choe Hyon se inundaron de lágrimas. De súbito todo el cuartel se convirtió en un mar de llantos.

Posteriormente, los tíficos, ya animados por el amor del General, que exponía hasta la vida por los camaradas, resistieron el mal y finalmente abandonaron la cama.

Túmulo surgido sobre la nieve

Un día, durante el período de la Lucha Armada Antijaponesa, en las cercanías de Rimyongsu una tropa de “punición” japonesa atacó por sorpresa al grueso del Ejército Revolucionario Popular de Corea, que se vio obligado a sostener un combate encarnizado.

Después de rechazar a los enemigos, el grueso se alejó prestamente del lugar. En un momento de la retirada, inesperadamente se impartió la orden de alto. Los guerrilleros, cansados hasta más no poder, se desplomaron en el lugar. Pensaban que era la orden de descanso.

Kim Il Sung les explicó:

“Compañeros, tenemos que cumplir una tarea más. Hemos dejado sin sepultura al cuerpo del compañero caído.”

Los combatientes se despertaron al instante.

La situación había sido tan peligrosa que no habían tenido tiempo para sepultar al compañero caído.

En aquel momento los guerrilleros se hallaban a más de 40 kilómetros del lugar de combate. La nevasca ululaba cada vez más furiosa y quedaron desorientados.

Pese a todo, la voz del General sonó rotunda:

“Volvamos para enterrarlo.”

Decididamente se volvió, se puso al frente y se abrió paso entre la nieve que le daba a la cintura. Toda la unidad le siguió.

Tardaron dos días en encontrar al combatiente muerto. Kim Il Sung, abrazado al cuerpo inerte, se anegó en llanto.

Durante esos dos días el General no había tomado comida ni descabezado un sueño. Copos de nieve caían sin cesar sobre el rostro del cadáver, como para aumentar el dolor de sus compañeros, que, gimoteando, abrían un hoyo en la tierra helada.

Así surgió un túmulo en medio del bosque cubierto de nieve.

La equivocación del “Prohombre”

Corría el verano de 1936. El grueso del Ejército Revolucionario Popular de Corea llegó de paso a un poblado maderero en las proximidades del monte Paektu.

Los obreros de la empresa maderera no cabían en sí de alegría por tener la oportunidad de ver al General Kim Il Sung.

Pero no pudieron reconocerlo porque todos los guerrilleros estaban vestidos igual.

“¿Quién será el General?”, se preguntaron los obreros unos a

otros, con el deseo de verlo aunque fuera de lejos. Nadie lo conocía. En ese momento un anciano, a quien llamaban "Prohombre" en el poblado, dijo con voz segura:

"Kim Il Sung es el General más famoso bajo el cielo; posee el don de la ubicuidad; por eso debe de distinguirse tanto en edad como en el porte. Si localizamos a uno que tenga un atuendo especial, ese será él, sin duda alguna."

Los obreros anduvieron de aquí para allá en busca de un guerrillero con un atuendo especial, pero por más que observaban no lograron encontrar a un guerrero que se distinguiera en el vestido, aunque existía uno que resaltaba a su vista. Por eso se preguntaron si no sería él a quien buscaban, sospecha que recibió de inmediato una fuerte réplica de parte del "Prohombre":

"No digan tonterías. El es el jefe de servicios, encargado de la alimentación de los guerrilleros. Lo conozco bien, lo he acompañado en la preparación de la comida. Caliéntese los sesos. ¿Creen que el General se vista de esa manera?"

Este "sermón" del anciano volvió a poner a los obreros en la búsqueda de Kim Il Sung, mas no lograron el objetivo hasta el momento de partir de la aldea la guerrilla.

Los obreros propusieron al viejo más experimentado del poblado preguntar al "jefe de servicios" por el General. El viejo, para no perder la última oportunidad, se acercó a este y le pidió:

"Jefe de servicios, todos los vecinos quieren ver al General Kim Il Sung; dígame, por favor, ¿quién es el General?"

El "jefe de servicios" no se supo porqué, eludió responder la pregunta, limitándose a sonreír, mientras los demás guerrilleros soltaron sonoras risotadas.

El anciano quedó perplejo. El "jefe de servicios" le dijo en voz cordial:

"Somos el Ejército Revolucionario Popular de Corea, luchamos contra el imperialismo japonés. Así que Kim Il Sung estará cerca, junto a este Ejército."

“¿Que estará cerca? ¿Eso quiere decir que el General no estuvo en nuestra aldea?”

Dicho esto, se sentó desilusionado en el lugar.

En este momento el intendente le dijo, ayudándolo a levantarse:

“El General es el mismo que está delante de usted.”

El anciano, sorprendido, miró al frente, y vio al “jefe de servicios” con el rostro iluminado por una amplia sonrisa.

El “Prohombre” se postró de hinojo, emitiendo con voz ronca la palabra “¡General!”, e imploró:

“Perdóneme por la equivocación. Estaba ciego para ver en usted a un jefe de servicios.”

30 *yuanes*

En la primavera de 1937, cuando el grueso del Ejército Revolucionario Popular de Corea estaba acantonado en la selva cerca de Donggang, ocurrió un incidente: los que habían estado de vigías por la noche regresaron con unas mazorcas recogidas en un campo no cosechado. Aunque lo hicieron para los compañeros de armas que se alimentaban varios días seguidos sólo de salvado y de pura agua, este hecho no se podía pasar por alto, pues se había perpetrado sin el permiso del dueño del maizal.

El General Kim Il Sung dio con severidad la orden de buscar de inmediato al propietario.

Unas horas después los guardias lo trajeron. Resultó ser un chino canoso.

Kim Il Sung le pidió perdón y le ofreció 30 *yuanes*. El chino se negó a recibirlos.

“¿Qué cosa son unas mochilas de mazorcas? Por esa porquería, ¡hasta el comandante me pide perdón! ¿Cobrar yo al ejército revo-

lucionario? Ni hablar. Si se enteran de esto los vecinos, ¡qué broncas me van a echar!" El dueño renegó a recibir ni dinero ni mazorcas.

Kim Il Sung se sintió muy agradecido, mas no dejó de persuadirlo. El anciano no pudo menos que regresar a la aldea con el dinero y las mazorcas. A los combatientes que lo acompañaban les preguntó quién era el comandante de la guerrilla. Al escuchar la respuesta, el anciano se mostró muy arrepentido.

Inmediatamente, movilizando a sus familiares y parientes, recogió el maíz, lo cargó en un trineo y se presentó de nuevo ante el General.

Kim Il Sung no pudo negar aquella vez la sinceridad del viejo.

En esa ocasión el propietario del maizal le advirtió que, yendo unos 8 kilómetros hacia abajo del río Manjiang, se encontraba una plantación de *insam*, donde se podría comprar mucho maíz y se ofreció a ayudar en ese negocio.

Con su colaboración fue posible adquirir cereales y sal, que alcanzaron para alimentar a centenares de integrantes de la guerrilla durante un mes.

Boda de un peón joven

Ocurrió en el tiempo en que Kim Il Sung actuaba en la región de Changbai, durante el período de la Lucha Armada Antijaponesa. El General permanecía en un caserío llamado Kilsong, constituido por una decena de familias. Allí conoció a un peón joven, que se llamaba Kim Wol Yong.

Era un bonachón. Desde su niñez vivía de peón, vagando de aldea en aldea, hasta cumplir más de 30 años, sin que se ofreciera nadie a darle a su hija. De manos como unos tridentes, vestido andrajoso… Pensando en ese joven el General no pudo conciliar el

sueño. Al abandonar la aldea pidió al viejo Jang, amo de la casa donde había pernoctado:

"Oiga, tengo que hacerle una petición difícil. Anoche no dormí pensando en Kim Wol Yong. ¿Qué le parece si los ancianos de esta aldea unen los esfuerzos para conseguirle una novia y celebrarle la boda?"

"Perdóneme, General, por haberle causado esa preocupación. Pierda cuidado, juntando las opiniones lograremos casarlo."

Los viejos de la aldea cumplieron el compromiso. Por su mediación el solterón pudo tener una novia simpática y se casó. Quien le dio la mano de la hija fue un anciano llamado Kim, del valle Jol, de Shibadaogou. Este, al escuchar que el pretendiente era un joven apreciado por el General, accedió a la propuesta del intermediario y fue a la aldea Kilsong, para comprometer a su hija con el peón.

Al informarse de lo ocurrido Kim Il Sung recomendó al jefe de intendencia que escogiera la mejor tela y comestible de los botines y los mandara a la aldea Kilsong.

"Mi General, ¿es obligatorio que enviemos donativos para esa pareja?", preguntó inesperadamente el jefe de intendencia.

"Sí, debemos enviarlos. ¿No te gusta?"

"…Francamente, no me da la gana. ¡Cuántos compañeros cayeron en el combate. Celebramos las bodas de ellos nada más que con unos magros platos de arroz, aunque se les daba una vez en la vida!"

Kim Il Sung comprendió el estado de ánimo del guerrillero.

"Sí, me recuerdo de esos compañeros. A mí también me duele el corazón. Pero, compañero Hae San, ¿a nuestro pueblo debe pasarle lo mismo, simplemente porque nos ha pasado? …Somos jóvenes de Corea que tomamos el fusil con la decisión de restaurar a la nación. ¿Acaso no podemos hacerle una boda digna a un joven como Kim Wol Yong?"

Ese mismo día el jefe de intendencia llevó los donativos a la aldea Kilsong.

La noticia se difundió veloz, como si tuviera alas, por la región oeste de Jiandao.

Fue a fines de mayo del siguiente año. Kim Il Sung, mientras hacía los preparativos del ataque a Pochonbo, pasó por la aldea Kilsong, no lejos de Sinhung. En esa ocasión visitó la casa de los recién casados y les deseó un futuro feliz.

Dura crítica al ayudante

Inmediatamente después de la liberación de Corea, el dormitorio y la sala de recepción de Kim Il Sung estaban amueblados de modo sencillo.

En su cuarto se veía sólo un camastro de hierro, y en la sala de recepción, una mesa redonda.

El ayudante, a quien le daba mucha pena ver tal pobreza, compró una cama, un escritorio y una alfombra en una mueblería en Sadong y los instaló en las habitaciones. Todos se mostraron alegres porque los aposentos se veían adecentados.

Pero aquel día, por la noche, de regreso a su residencia, Kim Il Sung preguntó disgustado:

"¿Quién trajo estos muebles?"

"Yo…", tartamudeó el ayudante. Kim Il Sung lo reprendió:

"¿Por qué usted trata de amueblar mis habitaciones? ¿Usted sabe cómo vive ahora el pueblo? Entonces, ¿puede atreverse a proceder así? Corea ha logrado la independencia, pero los obreros y campesinos no se han sacudido aún de la pobreza. Si en esta situación nos inclinamos a darnos una vida lujosa, no podemos llevar adelante la revolución. No hacemos la revolución para llevar una vida de lujo. Debemos volcar todos nuestros esfuerzos en las tareas para hacer rico y fuerte al país y mejorar cuanto antes la vida del pueblo."

Luego añadió rotundamente:

“Nadie puede llevar una vida mejor que la del pueblo.”

Rara petición de un anciano septuagenario

Un día de 1946, muy pasada la medianoche, un anciano, perteneciente a un partido democrático, entró en el gabinete de Kim Il Sung.

Era un septuagenario, recto y honrado y le trataba Kim Il Sung con mucho respeto.

El visitante titubeó en decir el motivo que lo había traído; al fin recobró el ánimo y dijo:

“No censure a este viejo por carecer de juicio. Es demasiado insolente lo que voy a pedirle. ¿No podría conseguirme tónicos como *insam* silvestre y cuerno de ciervo?”

El anciano se ruborizó y no pudo seguir.

Kim Il Sung le invitó a sentarse y preguntó con amabilidad por qué los necesitaba.

“Hace poco, volví a casarme, la mujer es joven y me molesta mucho. …General, por favor, ayúdeme.”

Era una petición inesperada.

Dándose cuenta de lo que preocupaba al visitante, Kim Il Sung respondió en voz cordial:

“Bueno, le ayudaremos para que su mujer no se queje de usted.”

El setentón salió de la sala muy contento.

Días después Kim Il Sung consiguió todos los reconfortantes que el anciano necesitaba.

Pasado un año, la joven mujer del anciano dio a luz a un varón.

Kim Il Sung se puso muy alegre y asistió al festín conmemorativo del centésimo día del nacimiento del niño.

Cerca de 50 años después, Kim Il Sung, rememorando con emoción este hecho, expresó:

"El me habló francamente hasta de las dificultades que tenía en la vida privada."

Cedió su mesa de cumpleaños para la boda de una pareja

Corría la primavera de 1946, año siguiente a la liberación de Corea.

Un cuadro que trabajaba junto a Kim Il Sung fue a ver a Kim Jong Suk, Heroína antijaponesa, para consultar el asunto de la organización del cumpleaños que Kim Il Sung iba a acoger por primera vez en la Patria liberada. Se quedó sorprendido al ver que la Heroína ya había iniciado los preparativos en la residencia.

Mucha gente tenía interés por la preparación de la mesa de cumpleaños. Diariamente, Kim Chaek y otros combatientes revolucionarios antijaponeses fueron a ver a Kim Jong Suk, para presentar opiniones pertinentes.

"Cuando luchábamos en las montañas, ni una vez preparamos una mesa digna de cumpleaños en honor a Kim Il Sung; por eso nos sentíamos apenados constantemente. Ahora podemos redimirnos de esa pena."

"El General seguramente no nos permitirá hacerlo, pretextando la situación del país. Pese a todo, debemos brindarle la mesa de cumpleaños."

Así fue como Kim Jong Suk había comenzado inadvertidamente la preparación de las comidas.

Un día, Kim Il Sung la sorprendió en esas labores y preguntó para qué hacía eso. Kim Jong Suk, tras titubear embarazosa, respondió:

"Como se avecina su primer cumpleaños, después de su retorno a la Patria, hago los preparativos para compartir una cena con los compañeros, junto a quienes luchábamos en las montañas."

"Compartir una cena…", se dijo Kim Il Sung y, tras permanecer pensativo un rato, recomendó que preparara comidas en cantidad suficiente.

Al informarse de esto los excombatientes revolucionarios antijaponeses se mostraron muy alegres y se entregaron de lleno a la preparación de la mesa del primer cumpleaños de Kim Il Sung después de la liberación.

Por fin llegó el día tan ansiosamente esperado.

Los exguerrilleros antijaponeses fueron a la residencia de Kim Il Sung, para felicitarlo. Pero ante sus ojos se extendió una escena inesperada: frente a la mesa de cumpleaños, en lugar de Kim Il Sung, una pareja joven estaba sentada como cuando se celebraba una boda.

Los invitados quedaron sorprendidos.

Resultó que Kim Il Sung había concedido esa mesa a un excombatiente antijaponés, con cuya boda estaba obsesionado, porque era huérfano de padre y madre.

Kim Chaek se quejó muy apenado:

"Mi General, hoy es su primer cumpleaños después de liberado el país. Si el pueblo se entera de que usted no ha recibido la mesa, ¡qué pena tendrá! En cuanto a la mesa de boda, podremos servirla algún día después."

Kim Il Sung, esbozando una sonrisa bondadosa, manifestó:

"…No me diga más de mi cumpleaños ni de cosas semejantes. No vuelva a mencionármelo en lo adelante."

Luego miró satisfecho a la pareja joven que recordaba a dos patos mandarines.

Para Kim Il Sung ver la felicidad del pueblo y de los compañeros de la revolución, era la alegría de toda la vida.

El Presidente del Comité Popular de Corea del Norte y una niña guardia

Un día de julio de 1947, cuando en las escuelas se efectuaban exámenes estatales de graduación, se presentaron unos cuadros en la Escuela Primaria No. 2 de Pyongyang.

El edificio, que funcionaba desde el período de dominación del imperialismo japonés, tenía un portal estrecho con iluminación insuficiente. Una alumna con brazalete de guardia estaba sentada ante una mesa, a la derecha del portal. Saludó a la manera pioneril a los que entraban por el zaguán y a quien daba paso lentamente hacia el pasillo, exigía con voz sonora:

“Oiga, por favor, regístrese en el libro de recepción.”

“¡Que me registre?, —el aludido se volvió sonriendo—. Ah, perdón, tuve que registrarme.” Se acercó a la niña y tomó el lápiz y el libro que ella abría. Luego, inclinándose sobre la mesa bajita, escribió el nombre de la persona a quien quería ver, la fecha y el objetivo, según lo exigía la guardiana. Después, enderezándose, preguntó qué debía inscribir en el siguiente espacio en blanco.

“El nombre de la institución donde trabaja usted, su cargo y su nombre, nada más.”

El recién llegado volvió a doblarse y escribió: “Presidente del Comité Popular de Corea del Norte, Kim Il Sung”.

Al leerlo, poniéndose carmesí hasta las orejas, la niña no sabía qué hacer; apenas alcanzó a balbucir:

“¡Ay de mí, qué estúpida soy! ¿Cómo no reconocí al querido General?”

La orden de Kim Il Sung por escrito a un desposado joven

Un muchacho, que otrora, vestido de lienzo tosco, había vagabundeado de aquí para allá, se hizo soldado hecho y derecho con la liberación del país, y ahora servía cerca de Kim Il Sung.

Un día de noviembre de 1949, al llamado de éste, fue al lugar de la cita, a donde habían llegado ya varios compañeros.

Ellos formaron en filas y dieron el parte de su llegada a Kim Il Sung, quien estrechó la mano a cada uno. Luego declaró que los había llamado para dar licencia a los casados.

El joven, sorprendido, miró de reojo a otros y comprobó que todos eran casados.

¿Cómo sabe que estoy casado?, se le encendió el rostro.

El se había casado de muy joven, pero guardó este hecho como un "secreto absoluto" durante un año, desde que se había alistado, por si los compañeros se burlaran diciéndole "desposado adolescente".

¿Cómo lo sabe el General? Por más que se calentaba los sesos, no pudo acertar a adivinarlo. No conocía que en ocasión de revisar su cuaderno, Kim Il Sung había echado un vistazo a la carta que estaba insertada entre sus páginas, dirigida a su esposa.

Kim Il Sung entregó un abultado sobre a cada uno de ellos, advirtiéndoles: "No abran este sobre antes que el tren se ponga en marcha". Luego les estrechó la mano. Al joven casado le recomendó cordialmente que dijera a su mujer que cuidara bien a su hijo, para formarlo como un buen trabajador del país.

El soldado, emocionado, no pudo expresar de la debida forma su agradecimiento.

Al partir el tren, sacó el sobre del pecho y lo abrió con cuidado. Contenía 3 mil *wones* (moneda antigua) y una orden escrita directamente por el General.

“Con este dinero compre primero una botella de licor, una caja de tabaco, una petaca y una pipa, antes de llegar a su casa. Con el resto conseguirá ropas para la abuela, el abuelo y la madre. Después de terminada la licencia me informará del cumplimiento de estas tareas”.

En los ojos del joven brotaron gruesas lágrimas que cayeron sobre sus manos que sostenían la esquela.

Bueyes que regresaron en tren

Ocurrió un día de noviembre, cuando la guerra coreana (junio de 1950-julio de 1953) estaba en su punto álgido. Por aquel tiempo la Comandancia Suprema del Ejército Popular de Corea radicaba en Kosanjin.

Mientras hacía una visita de inspección a una unidad del Ejército Popular, subordinada directamente a la Comandancia Suprema, Kim Il Sung se enteró de que allí habían sacrificado uno de varios bueyes desviados que recogieron los soldados en la carretera Kujang-Hyangsan, que atraviesa por el embarcadero del río Chongchon.

El jefe de la unidad le informó impensadamente que lo habían sacrificado por habérsele partido una pata.

El Comandante Supremo consideró el hecho como un caso grave. La crítica fue severa: “Han cometido ustedes un craso error. Desde luego hicieron bien en arrearlos tan largo camino. Pero han procedido muy mal al sacrificar el buey por tener una pata fracturada.” Y añadió:

“Ahora los yanquis matan a troche y moche a todos los bueyes, cerdos, aves y otros animales domésticos con que se encuentran en las regiones ocupadas. … Si dejamos a los yanquis matarlos a su albedrío y nosotros hacemos lo mismo bajo tal y más cual pretexto, en nuestro país no quedará ni un buey. ¡Tremendo error!”

Sólo entonces el jefe se dio cuenta de la gravedad de su decisión y se puso pálido, mientras le remordía la conciencia.

Mirándolo en ese estado de ánimo, Kim Il Sung continuó:

“Dicen ustedes que han matado al animal por tener una pata lastimada; entonces debieron tratar de curarlo. ¿Acaso no era posible hacerlo, cuando se curan incluso los huesos fracturados del hombre? Para nuestros campesinos el buey es un miembro más de su familia. Ustedes han sacrificado arbitrariamente un buey que tanto aprecian los campesinos. ¿Se dan cuenta de cuán enorme error han cometido? Si nuestro Ejército tolera actos de ese jaez, puede perder el sentido popular que tiene implícito en su nombre.”

En la noche del mismo día, de regreso a la Comandancia Suprema, impartió en su nombre, a las unidades combinadas, la orden de prohibir con rigor la matanza de los bovinos.

Días después los bueyes, que habían sido “retirados”, aparecieron en la estación ferroviaria de Manpho, para volver a su “tierra natal” junto con el Ejército Popular que emprendía la contraofensiva.

Al verlos el jefe de la policía militar del ferrocarril se sobresaltó y gritó a los arrieros militares:

“¿Están ustedes en sus cabales? El tren no da abasto ni para los militares. ¡Lárguense de aquí!”

Pero no pudo menos que permitir el embarque de los animales en el tren, porque esos arrieros presentaron la orden del Comandante Supremo, escrita de su puño y letra.

18 aves y un cesto de huevos

Una noche de noviembre de 1950, cuando Kim Il Sung se alojaba en una humilde casa campesina situada en el valle Rimsong de Kosanjin, el dueño fue hasta el patio, donde estaba la jaula de gallinas, para agasajarle con unas aves. Trató de cogerlas, erró y las aves, asustadas, batieron las alas.

Kim Il Sung oyó el ruido, abrió la puerta y preguntó al oficial ayudante:

"¿Quién coge las gallinas?"

"Es el amo de la casa. Dice que las necesita con urgencia."

"¿Para qué le harán falta a estas horas de la noche? ¿No se las exigieron ustedes? Dígale que si las necesita de veras, se lleve las que hemos comprado y guardamos en la cocina."

Pero el campesino no renunció a lo decidido. Cogió unas aves sin que se produjera el menor ruido y las entregó al oficial ayudante, suplicando que agasajara con ellas a Kim Il Sung. Y agregó que si necesitase más, sacrificara otras.

Pasaron los días.

El dueño volvió a visitar su casa por un asunto. Pero se quedó asombrado al ver al imponente gallo y las gallinas reproductoras que había entregado al oficial, picoteando en el patio junto con otras aves.

Extrañado contó y la suma resultó igual a la de antes: 18.

Un día el distinguido huésped sacó del gallinero un huevo recién puesto y aún caliente y entregándolo al oficial ayudante dijo: "Llévalo ahora mismo al dueño. ¡Cuán agradable es recoger el huevo, que no sacrificar el ave!"

Días después Kim Il Sung partió de Kosanjin y su ayudante

“devolvió” al dueño el gallinero con 18 aves y un cesto lleno de huevos.

El centinela abrigado del gorro de piel del Comandante Supremo

Un día invernal de 1950, al anochecer, un centinela de la Comandancia Suprema que estaba de guardia en uno de los puestos de control, recibió el aviso de que Kim Il Sung regresaba del recorrido de inspección por el frente y observó atentamente los contornos, azotados por la nevasca.

Poco después, se acercó al puesto, abriéndose paso por entre la nieve, el carro que llevaba al Comandante Supremo.

El soldado presentó armas con ágiles movimientos.

Para su extrañeza el carro se frenó en seco y de él bajó Kim Il Sung, quien se acercó al centinela y le preguntó con amabilidad:

“¿No tienes frío con esta temperatura?”

“No, mi Comandante Supremo”, contestó en voz alta el guardia.

“Será muy pesado estar de guardia con este tiempo. Qué frío sentirías en las orejas, que no te abrigaste con un gorro de piel.”

Como se vivía el difícil período de la retirada estratégica temporal, no se había suministrado a tiempo esa prenda, lo cual tenía tan preocupado al Líder.

El centinela volvió a decirle con voz enérgica, como para tranquilizarlo:

“No me preocupa, mi Comandante Supremo.”

Kim Il Sung envolvió las manos del soldado con las suyas, al tiempo que lo protegía con su cuerpo de la ventisca y ordenó al oficial ayudante:

“Tráeme mi gorro de piel y guantes que dejé en el carro.”

Cuando el oficial los trajo, Kim Il Sung los alcanzó al soldado diciéndole: “Oye, centinela, ponte este gorro en lugar del que llevas.”

El soldado, muy agradecido, se puso en firme y dijo con fuerza:

“No, gracias, mi Comandante Supremo.”

Kim Il Sung esbozó una amplia sonrisa, como si hubiera leído en su alma, y le apremió a ponerse el gorro.

Con todo el centinela se resistió.

Entonces el Comandante Supremo le quitó la gorra y le puso otra. Luego, diciendo que aunque le quedaba algo holgado, si se estrechara por parte trasera, le sentaría bien, le bajó las orejeras y enlazó los cordones.

“Ponte estos guantes y no sentirás frío”, dijo, y le ayudó a quitarse los guantes y calzar los suyos.

“¡Comandante Supremo!”, atinó a decir el centinela, pero no pudo continuar por el nudo que le bloqueaba la garganta.

Poco después llegó al puesto de control el jefe de la guardia al mando de los relevos y al ver al centinela preguntó con los ojos desorbitados:

“¿El gorro que llevas no es del Comandante Supremo?”

Arroz que pasó al dispensario militar

Era uno de los primeros días del año 1951.

Kim Hyong Rok, tío de Kim Il Sung, el cual estaba de paso en la Comandancia Suprema, tenía la oportunidad de compartir con su sobrino una cena. Al sentarse a la mesa se quedó atónito: les sirvieron mijo cocido, sopa de verduras secas, *kimchi* y nada más.

Conocía bien, huelga decir, las virtudes de su sobrino. ¿Pero qué será de él y del destino del país que lleva sobre sus hombros, si

por el exceso de trabajo que soporta día y noche y por desatenderse de la salud, cae enfermo?, pensó el tío.

Confesó lo que pensaba a Kim Il Sung. Este, esbozando una sonrisa razonó: "¿Acaso podemos tomar arroz ahora, cuando toda la población se aprieta el cinturón para combatir a los yanquis? Sólo cuando llevo la misma vida que ellos, me siento tranquilo y cobro apetito."

Kim Hyong Rok se dejó persuadir. Pero, tan pronto llegó a su casa, sacó el arroz que guardaba, lo descascarilló con cuidado y lo envió a la Comandancia Suprema con una carta en la que solicitaba ofrecerlo sin falta al General.

Sin embargo, Kim Il Sung lo mandó a un dispensario militar que se encontraba cerca. Informado de este hecho más tarde, el tío se dijo:

"El General no puede comportarse de otra manera. Aunque yo conozco más que claro su modo de ser, envié arroz, por si acaso…"

El Comandante Supremo se calzó en el verano con botas enguatadas de soldado

Un caluroso día de agosto de 1951, Kim Il Sung se personó en la exhibición de los modelos del vestuario militar para el invierno del mismo año.

Sobre el mostrador se exhibían más de diez uniformes, gorros, guantes, botas enguatadas y otros artículos de invierno.

Guiándose por un cuadro Kim Il Sung los examinó atentamente y propuso: "Escuchemos directamente las opiniones de los soldados que van a usarlos", e hizo llamar a unos soldados para probar.

Midió la altura del cuello de la bota, examinó la de su refuerzo de caucho, calculó el grosor de su suela, etc, y pidió un par de

ellas. ¿Para qué será?, se preguntaron los presentes.

Al día siguiente ocurrió un fenómeno sorprendente: Kim Il Sung salió afuera calzando las botas enguatadas de soldado.

¿Por qué se ha puesto esas botas en un día tan caluroso como hoy?, la curiosidad era irreprimible.

Kim Il Sung las usó más de una semana.

Calzando las botas, un día, no bien cesada una lluvia persistente, fue por un camino fangoso a visitar a unos soldados de ingeniería militar. Al llegar les dijo que quería consultar con ellos una cuestión y, para sorpresa de estos, sometió a su "evaluación" el calzado que llevaba puesto.

"Nos proponemos suministrar este tipo de botas a todos los militares para el próximo invierno, ¿qué les parecen?", preguntó.

"¡Muy bien, querido Comandante Supremo!", contestaron gozosos los que veían con curiosidad las botas que él llevaba en pleno verano.

Kim Il Sung los indujo a hablar de los defectos diciendo que sólo conociéndolos se producirían calzados de mejor calidad.

Aun así los soldados pronunciaron solamente palabras aprobatorias. Kim Il Sung, al cabo de escrutarlos un buen rato, observó:

"Yo he probado este calzado unos días. Es cómodo y muy abrigador, pero deja pasar fácilmente el agua. Me preocupa que eso pueda causar el sabañón a los pies."

Seguidamente, indicando el refuerzo de caucho del calzado, continuó: "Por ser bajo este refuerzo, la tela se ha mojado, aunque anduve por un camino poco fangoso. En nuestro país, en el invierno, cae a menudo la aguanieve, y por el derretimiento de la nieve, el suelo se queda lodoso, motivo por el cual el calzado se moja fácilmente. Por eso es posible que los pies se congelen."

Luego, marcando con el índice en el calzado, recomendó: "Soy de la opinión de que se ponga hasta esta altura el refuerzo de caucho, ¿qué les parece?"

"Entonces resultará mejor", asintieron los militares.

“No digan bien a todo; pongan mientes también en los factores que puedan afectar a la apariencia en este caso.”

Uno de los interlocutores opinó que hacer más alto el refuerzo de caucho beneficiaría a los militares, por lo tanto no tardaría en hacerse familiar y agradable a la vista.

Entonces Kim Il Sung dijo contento que él pensaba lo mismo y concluyó: “Haré que según la opinión de ustedes se hagan más altos los refuerzos de caucho de las botas enguatadas.”

Medida urgente

Un día de agosto de 1951, Kim Il Sung recibió la triste noticia de que Ho Hon, el entonces rector de la Universidad Kim Il Sung, había muerto por el bombardeo enemigo, cuando iba a asistir al acto de apertura del nuevo año escolar. Le informaron que lo sorprendió el bombardeo mientras cruzaba un río por la noche, a bordo de una barquilla que se volcó y no pudieron ni encontrar su cuerpo.

El informante agregó que el río estaba crecido y su corriente era tan impetuosa, que posiblemente el cadáver habría sido llevado al mar y sería difícil localizarlo.

Kim Il Sung replicó que por muy extenso que fuera el mar, no podía consentir que fuera imposible hallar el cuerpo, uno de los talentos del país; debían buscarlo de todas maneras, aunque para ello fuera necesario rebuscar todo el lecho del mar.

Inmediatamente tomó las medidas de emergencia, para movilizar a más de 3 000 soldados en la búsqueda del desaparecido.

A la sazón, esto era algo inimaginable para la gente común en vista de la situación del frente, que se había tornado muy tensa con el inicio de la aventurera “ofensiva de verano” del enemigo, amén

de que el país se veía azotado por un diluvio no visto en los treinta años anteriores.

Dieciséis días después lograron encontrar el cadáver en el mar, frente a Jongju.

Las honras fúnebres se realizaron en homenaje nacional, en presencia de Kim Il Sung.

Los familiares del difunto quedaron muy agradecidos a éste, por haber participado en el funeral, pese a que la situación del frente era muy compleja.

Kim Il Sung respondió:

"De nada. Por muy tensa que sea la situación, no puedo faltar a la despedida del difunto Ho Hon. No hice más que cumplir con mi deber."

Y arrimó su hombro a la parte delantera del féretro…

La resolución No. 203 del Consejo de Ministros

Ocurrió el 20 de enero de 1952.

Un cuadro del Ministerio de Salud Pública fue citado por Kim Il Sung a la Comandancia Suprema. Anteriormente, había elevado a éste un documento en que proponían las medidas a tomar con respecto a las bombas bacteriológicas lanzadas por el ejército norteamericano y exigían una enorme cantidad de fondos.

El funcionario esperó impaciente que el Primer Ministro sacara a colación ese tema.

Pero, para su sorpresa, Kim Il Sung dijo:

"Ahora nuestro pueblo consagra hasta su vida a la lucha para ganar la guerra en todos los lugares, tanto en el frente como en la retaguardia. No debemos escatimar nada para tan patriótico y ab-

negado pueblo. Vamos a establecer el sistema de asistencia médica gratuita para toda la población."

El directivo de la salud quedó impresionado.

Kim Il Sung, mirándolo con el rostro radiante de sonrisa, cambió el tema de la conversación y preguntó cuánto se cobraba a los habitantes por la atención ofrecida.

El interlocutor contestó que a los obreros y oficinistas se les ofrecía asistencia médica gratuita, en virtud del régimen de seguro social del Estado, y a sus familiares se les cobraba un 40% del costo de la medicina, mientras los campesinos y comerciantes e industriales individuales pagaban por el tratamiento externo.

"Cuarenta por ciento…", dijo Kim Il Sung y se quedó pensativo. Un rato después continuó:

"Claro que nos encontramos en una situación difícil. Sin embargo, para defender y fomentar la vida del pueblo, debemos aplicar el sistema de asistencia médica gratuita. Para nosotros no hay nada más precioso que la vida del pueblo."

Pasados diez meses desde entonces, o sea el 13 de noviembre de 1952, se proclamó la resolución No. 203 "Acerca de la Puesta en Vigencia del Sistema de Asistencia Médica Gratuita" del Consejo de Ministros.

Con motivo de esta disposición un periódico extranjero publicó un artículo en el que se leía:

"Estados Unidos devasta a Corea con ininterrumpidos bombardeos, pero ésta le ha dado una dura bofetada con la bomba 'No. 203', que equivale en potencia a diez bombas atómicas."

Carrera imprevista

Un día por la mañana en el período de la Guerra de Liberación

de la Patria, un oficial de operaciones de la Comandancia Suprema, con inquietud atenazante, llamó a la puerta del despacho de Kim Il Sung. No contestaron. Volvió a hacerlo, con el mismo resultado. Se puso tenso. ¿A dónde habrá ido?, pensó. La víspera el oficial había recibido una noticia nefasta; hizo un informe sobre la base de ella y lo elevó al Comandante Supremo. En el documento explicó minuciosamente el nuevo intento de ofensa del imperialismo norteamericano y la situación del frente, bruscamente cambiada por ella.

La situación se tornaba cada vez más tensa.

La ausencia de Kim Il Sung hizo crecer su inquietud.

En aquel momento, en un rincón del patio, el Comandante Supremo estaba platicando con la hija de un mártir revolucionario, la cual trabajaba en la Comandancia Suprema.

Kim Il Sung: "¡Qué gorda eres, muchacha! ¿Quién querrá casarse contigo?"

Muchacha: (Ruborizada) "Sí, en alguna parte existirá mi futuro esposo."

Kim Il Sung: (Sonriendo) "¿Qué? ¿Quién va a ser esposo de una gordiflona que ni siquiera puede correr?"

Muchacha: "Sí, yo puedo correr más rápido que usted, querido General."

Kim Il Sung: (Soltando carcajadas) "A que no me alcanzas en carreras de caballo, de avión o con piernas, tú elijes. Estoy seguro que te gano. Anda, compitamos en carrera de ida y vuelta de aquí a aquella cota."

El oficial de operaciones oyó por casualidad esta charla, mientras andaba en busca del Comandante Supremo. Echó una mirada reprobatoria a la muchacha que con tal desfachatez hablaba con Kim Il Sung, simplemente por tratarle sin cumplidos.

De pronto la muchacha se puso a correr con los puños cerrados hacia la montaña de enfrente.

Kim Il Sung lo hizo cuando ella estaba bastante alejada.

Así el oficial asistió contra su voluntad a la “competencia”.

Kim Il Sung tomó el atajo a la cima y corrió veloz, saltando arbustos y rocas. Alcanzó la cima cuando su rival iba por la mitad de la cuesta, y regresó al punto de partida.

El oficial soltó unas risotadas. Admirando al Comandante Supremo, tan sereno y animoso, pensó que verdaderamente era un gran hombre y sintió que en un instante la tensión y la zozobra se desvanecieron por completo.

Kim Il Sung y un niño descalzo

Un día de verano de 1955, en el distrito Changsong Kim Il Sung vio a un pequeño descalzo entre los niños que en el camino de regreso de la escuela le saludaban cortésmente, a la manera pioneril. El chicuelo, al percibir que Kim Il Sung le miraba con pena sus pies empolvados, sintió vergüenza e intentó retroceder.

Kim Il Sung le puso una mano sobre el hombro y le preguntó:

“¿Con quién vives en casa?”

“Con mi abuela, mi mamá y mis hermanos.”

“¿Y tu papá?”

“…”

“¿Qué pasó con papá?”

“Cayó en un combate en el período de la guerra.”

El General, sin decir más palabras, abrazó fuertemente al alumno y volviéndose hacia sus acompañantes dijo: “Miren, no compré a este niño ni unos zapatos, pero me saluda.” Su cara se ensombreció todavía más.

Después, preguntó al chiquillo dónde se hallaba su casa y cómo vivía. Al despedirse de los niños, avisó que más tarde visitaría sus hogares.

El niño se puso a correr hacia su casa, para transmitir la nueva a los suyos. Cuando estaba a la mitad del camino lo sorprendió una bocina y el carro que llevaba a Kim Il Sung se paró a su lado.

"¡Sube al coche!"

El alumno vaciló mirándose los pies.

Kim Il Sung le advirtió que pronto iba a tener zapatos y entonces ya no tendría esa vergüenza y le ayudó a subir al coche. Ya acomodado el niño en el auto, observando sus pies, continuó: "¿No te lastimaste en los pies andando por este camino pedregoso? Si se te hieren los pies todo se complicaría: no podrás ir a la escuela y…"

En los ojos del niño brotaron lágrimas y volvió la cabeza.

Una vez llegado a la casa del pequeño, Kim Il Sung intercambió saludos con su abuela y su madre y mandó al oficial ayudante a comprar zapatos para el niño y para sus dos hermanos.

Al regresar los niños con los zapatos puestos, Kim Il Sung, que esperó en el patio todo ese tiempo, comprobó si el calzado le sentaba bien al alumno, apretando con la mano sus partes delantera y trasera. Sólo después se mostró tranquilo.

El niño, muy emocionado, tartamudeó: "Le estoy agradecido por haberme comprado los zapatos… y… yo… estudiaré con ahínco…", y hundió la cabeza en el regazo de su bienhechor.

Nueva partida del presupuesto estatal

La reunión del Consejo de Ministros, iniciada en la mañana, para discutir el proyecto del presupuesto de 1957, no terminó hasta avanzada noche. Tan difícil era la situación financiera del país.

Mientras escuchaba el informe, Kim Il Sung hizo un minucioso análisis de los detalles del proyecto y de sopetón preguntó al

informante en qué parte se encontraba el fondo de ayuda educacional y el de becas para los descendientes de los connacionales residentes en Japón. El aludido titubeaba.

Se trataba del renglón sobre el que había dado instrucciones el mismo Líder. Pero, al elaborar el proyecto, no pudieron encontrar la manera de establecer ese renglón, por mucho que analizaran las posibilidades.

Habían pasado tres años desde el cese de la guerra, sin embargo, persistían sus horribles estragos en las fábricas, los poblados rurales y pesqueros y las ciudades. Si se levantaba a duras penas una fábrica sobre los escombros, se presentaban los problemas de máquinas y equipos y si se rellenaban hoyos producidos por los bombardeos enemigos en los arrozales, se tenía que enfrentar la carencia de bombas para regarlos. Subsistían todavía covachas, heridos de guerra, viejos y débiles que necesitaban amparo estatal. Por doquier demandaban dinero en cantidad indefinible.

Un buen rato después, el informante le respondió que, debido a la precaria situación financiera, no lo había incluido en el presupuesto y que pensaba comprenderlo por separado en el plan provisional de divisas.

Kim Il Sung, tras guardar silencio por un rato, dijo con resolución: “No. Tenemos que remitir esos fondos inmediatamente. Aunque no pudiéramos levantar unas fábricas por ello, debemos enviarlos a los sufridos compatriotas en el extranjero, para la educación de sus hijos”.

Estas palabras impusieron el silencio a todos. Recorriendo a todos con la vista Kim Il Sung continuó: “El envío de las becas no ha de interrumpirse con una o dos remisiones. Mientras estén en Japón nuestros compatriotas y sus descendientes, que deben recibir enseñanza, tenemos que enviarlas continuamente. Esta, pues, no debe ser una tarea provisional, sino permanente; ha de preverse como una nueva partida en el presupuesto estatal con el título de Fondos de ayuda educacional y de becas para los descendientes de

los compatriotas residentes en Japón…”

Así se estableció un nuevo renglón en el presupuesto estatal.

Un bienhechor con quien se encontró en el camino

Un día estival de 1957, al atardecer, una anciana se puso en camino para ir a la casa de su yerno, que se encontraba en el valle Sadang, en la comuna Pudok, del distrito Jaeryong, de la provincia de Hwanghae del Sur.

Apenas entró en la carretera, se oyó un claxon por detrás y un auto se detuvo a su lado.

“¡Oígame, abuela!”, le llamó una persona de apariencia imponente bajando del auto. Pensaba que quería preguntar por el camino y se volvió hacia él.

“¿A dónde va usted, abuela?”, la pregunta resultó inesperada para la anciana.

“A la casa de mi yerno.”

“¿Dónde se encuentra?”

“En el valle Sadang.”

“¿Es posible llegar hasta allí, si seguimos recto por esta carretera?”

“Claro, está a la vera de esta misma carretera.”

“Entonces, suba al auto.”

La anciana, que respondía mecánicamente a las preguntas, se quedó turbada.

¿Quién será este hombre tan amable?, se preguntó.

El pasajero la ayudó a subir al auto. Cogió su atado y bastón para colocarlos cerca de la ventanilla trasera y, en su lugar, cerró la puerta. A la anciana le parecía haberlo visto en alguna parte, pero no recordaba con claridad.

El coche reanudó la carrera. El desconocido le dijo amablemente que se acomodara en el asiento y le preguntó si no tenía mareo, cuántos hijos tenía y otras cosas por el estilo. Luego, observó que por lo visto la anciana había sufrido mucho en la vida y le alentó con cariño, deseándole que viviera largamente para ver un mundo mejor.

Cuanto más amable se manifestaba el viajero, más aumentaba la incógnita en la mente de la anciana: ¿Quién será este hombre de magno corazón?

El auto llegó al punto donde debía apearse la anciana.

"Me da pena despedirme sin conocer siquiera el nombre de quien me ha atendido con tanta solicitud", murmuró la lugareña.

El hombre se limitó a sonreír sin darle respuesta. Le ayudó a bajar y le alcanzó el atado y el bastón, diciendo: "¡Que tenga larga vida, abuela! ¡Adiós!"

El auto volvió a ponerse en marcha, mas la anciana permaneció atónita en el mismo lugar durante largo rato.

Momentos después, detrás de ella paró otro coche y un joven se asomó a la ventanilla y le comunicó que quien iba delante era el Presidente Kim Il Sung.

La lugareña dejó caer el atado de la mano y se desplomó en el sitio.

"¡Qué barbaridad! ¡Cómo no reconocí al Líder, a quien añoraba aun en sueños!"

Un Dok

En septiembre de 1961, Kim Il Sung visitó el Hotel Pyongyang, donde se hospedaban los delegados al histórico IV Congreso del Partido del Trabajo de Corea. En esa ocasión charló con una

mujer y le preguntó, entre otras cosas, cuántos eran en su familia. La interlocutora titubeó sin darle la respuesta. En su lugar un funcionario dijo:

"Son dos: ella y su esposo."

"Dos… ¿Cuántos años tienes?" La delegada respondió con voz queda que tenía veinte y nueve.

"¿Veinte y nueve?, …veinte y nueve", repitió el Líder.

Después, cambiando de tema, se interesó por otros detalles de la vida familiar, como la profesión de su marido y los salarios, y luego examinó su cara.

"Tu cara denota enfermedad. ¿De qué adoleces?"

La provinciana respondió que no estaba enferma, que eso se debía a que había pasado en blanco algunas noches, para acabar unas tareas antes de partir para el Congreso.

"Pero tu semblante revela que estás enferma."

Y con cara ensombrecida, volvió a manifestar su preocupación, diciendo:

"Si eres sana, ¿por qué no tienes aún un hijo, si ya cumpliste los 29 años? Tienes cara de enferma."

La delegada no sabía qué decir. Kim Il Sung volvió a la carga: "¿Su esposo no se queja de ti por no darle un hijo?" Estas palabras terminaron por arrancarle las lágrimas.

Aunque hasta la fecha el esposo no lo sacaba a colación nunca, ella siempre se sentía culpable.

El Líder aconsejó: "Aunque dices que no tienes enfermedad, seguro que padeces de un mal. Debes recibir tratamiento médico, si quieres tener hijos y seguir trabajando con buena salud."

Posteriormente, en virtud de los medicamentos que le envió Kim Il Sung, la mujer recuperó la salud y tuvo un hijo, a quien pusieron por nombre "Un Dok" (Congraciado).

Zapatillas de tela no desechadas

En el verano de 1965, durante su recorrido por el distrito Changsong, Kim Il Sung llamó a los funcionarios de la Fábrica de Calzado de Sinuiju por el problema del calzado de la población.

Les habló encarecidamente sobre la necesidad del aumento de la producción de buena calidad. Un momento después, mostrándoles sus zapatillas de tela, dijo: “Fíjense, éstas son de Sinuiju, ¿es cierto? Son muy buenas. Cómodas, resistentes. Tienen buena calidad.”

Los asistentes las miraron atentamente con asombro. Indudablemente eran un producto de su fábrica, pero estaban tan usadas que no pudieron recordar cuándo se habían fabricado. Para colmo, estaban desteñidas por el uso, por repetidos lavados, con punteras deformadas por causa de la goma arrugada. En su interior se veían plantillas de tela enguatadas.

En aquel momento llegaron a sus oídos las palabras que decía Kim Il Sung:

“Las compré hace unos cinco años y no puedo desecharlas por sus suelas que no acaban de desgastarse.”

Los presentes que, por ser funcionarios de una fábrica de calzado, habían botado con frecuencia hasta los zapatos poco desteñidos, se sintieron culpables por sus conductas carentes del espíritu de ahorro.

Felicitación a un exmilitar mutilado de honor

Un día de febrero de 1968, Kim Il Sung visitó la Fábrica de Plumafuentes de Exmilitares Heridos de Honor de Mangyongdae. En medio de la efervescente atmósfera de alegría y emoción Kim Il Sung llegó a la brigada de mantenimiento, examinó el producto hecho por un obrero y le preguntó dónde se hirió. Le habían llamado la atención sus movimientos incómodos. El operador respondió que tenía una leve herida en la columna vertebral. Resultó cierto lo que había presentido Kim Il Sung.

"¿¡Columna vertebral!?", devolvió la pregunta el Líder. Se le ensombrecía la cara.

"¿En qué batalla?"

"En la cota 1211."

"¡Válgame!, es usted un héroe de la cota 1211."

Seguidamente, palpó sus espaldas, acompañándolo con preguntas: ¿Dónde es la herida? ¿Aquí no duele? ¿Cómo se siente en esta parte? ¿Verdad que no le duele aquí?

A cada pregunta el exmilitar respondió lloroso que no le pasaba nada. Kim Il Sung volvió a la carga: "¿Tiene esposa?"

El mutilado, secándose las lágrimas, dijo que sí.

Después de permanecer pensativo un ratito, el Líder hizo otra pregunta:

"¿Y los hijos?"

"Sí, tengo cuatro hijos."

"¡Cuatro!", al instante el rostro de Kim Il Sung se iluminó.

"¡Bueno, bueno! ¡Qué bien que tiene cuatro hijos!" Y abrazó fuertemente al exmilitar herido y le dio varias palmadas en la espalda.

“Lo felicito por tener descendientes”, expresó repetidamente su satisfacción con una amplia sonrisa y le deseó que trabajara bien y criara con cuidado a los hijos. Luego abandonó el lugar con el alma aliviada.

Sesión del Comité Político convertida en reunión de padres de alumnos

Un día estival de 1969, en el camino de regreso de su recorrido de orientación, Kim Il Sung ordenó detener de repente el auto. Habían entrado en su campo visual figuras de niños que regresaban de la escuela.

Bajó del auto y los llamó. Los escolares corrieron a su encuentro, lanzando aclamaciones.

Mirándolos con cariño, el Jefe de Estado se interesó por su escuela, su grado de curso, la ubicación de sus casas y luego les pidió:

“¿Puedo ver sus carteras?”

Ayudó a descolgarla a un alumno, abrió la lapicera, los manuales y cuadernos y elogió al niño por el buen mantenimiento de textos y por la escritura exquisita.

El pequeño no cabía en sí de alegría.

El Líder volvió a preguntar: si de regreso a casa, estudiaban en grupos, y qué ventajas tenía ese método. La respuesta fue distinta: que se ayudaban unos a otros para aclarar temas incomprendidos, que podían utilizar manuales prestados a otros, etc.

Antes de despedirlos Kim Il Sung aconsejó repetidas veces que estudiaran bien.

El coche reanudó la marcha y después de un buen rato el Jefe de Estado se dijo en su fuero interno:

“¡Qué cándidos son los niños!”

Mas su cara se ensombrecía. Razonó que usar prestados los manuales significaba que no les alcanzaban éstos a todos ellos.

Días después se convocó una sesión del Comité Político del CC del Partido del Trabajo de Corea. En ella fue abordado el problema de los manuales escolares.

En esa ocasión Kim Il Sung habló de la necesidad de imprimir mayor cantidad de libros en papeles de buena calidad, aunque por ello se retrasaran otras impresiones, y tomó las medidas pertinentes. Además, propuso crear comités preparatorios para el nuevo año escolar con funcionarios responsables en el centro, las provincias, las ciudades y los distritos.

Y al concluir la discusión de la agenda, señaló:

"Somos padres de los alumnos, ¿no es así? Por lo mismo, se puede decir que hemos celebrado una reunión de padres de los alumnos. ¿Acaso no podemos resolver en esta reunión el problema de la educación de nuestros hijos?"

El camino no aprovechado durante tres años

A comienzos de la primavera de 1970, Kim Il Sung partió de Pyongyang para dirigir sobre el terreno la región de Onchon.

Cuando el coche, que corría por la carretera Pyongyang-Nampho, tomó el rumbo a Ryonggang, ordenó que pararan y tomaran la dirección de Nampho.

El ayudante preguntó en voz baja: "¿No va a Onchon?"

"¡Claro!"

El ayudante se quedó desconcertado, pues Onchon distaba 16 km si iban por Ryonggang, y 24, si tomaban el rumbo de Nampho, y además, hasta la fecha, siempre que iban o regresaban de allí,

pasaban por Ryonggang ex profeso. El ayudante y el chofer se miraron interrogantes.

"No quiero pasar por la comuna Okdo."

Los acompañantes se quedaron todavía más asombrados.

En el pasado, ver esa comuna había sido para él un motivo de alegría. En esa aldea, del distrito Ryonggang, vivía el Héroe Rim Kun Sang, a quien conocía Kim Il Sung desde la Conferencia nacional de activistas campesinos, convocada en el período de la Guerra de Liberación de la Patria.

En esa ocasión, al oír su discurso sobre la invención de una sembradora de trigo en hileras anchas, apreció su abnegación y laboriosidad y le llamó "campesino verdadero". A partir de entonces, durante casi 20 años, lo trataba como un camarada revolucionario, como un íntimo amigo.

Cuando pasaba por la comuna, mandaba que aminoraran la velocidad y buscaba a alguien con los ojos a través de la ventanilla y entonces, sin falta, corría a su encuentro Rim Kun Sang, con quien discutía con el corazón abierto los asuntos agrícolas sin advertir el paso del tiempo.

Al tomar el rumbo de Nampho, el Líder dijo en voz ronca:

"No me gusta pasar por la comuna Okdo, donde no está el compañero Rim Kun Sang."

Apenas entonces, el ayudante y el chofer recordaron que Rim Kun Sang había muerto hacía poco.

Cuando éste cogió una enfermedad incurable, Kim Il Sung se mostró muy apenado y ahora, como si reviviera el amargo recuerdo y le doliera el no haberle cubierto de mayor atención, se llevaba el pañuelito a los ojos.

Durante tres años, cada vez que se dirigió a la región de Onchon, el Líder tomó el rumbo de Nampho, para no pasar por la comuna Okdo.

Carpa reconstituida

Esto ocurrió en la tarde de un día de septiembre de 1971 en la residencia del Presidente Kim Il Sung.

El Presidente acababa de regresar de una visita de orientación y entonces, acompañado por los tres hijos de un dirigente de la Asociación General de Coreanos Residentes en Japón, a los cuales atendía en su propia residencia, se dirigió al comedor.

El menor, que no cumplía aún los seis años de edad, sentado al lado del Presidente, le explicó alborozadamente que por la tarde los tres fueron a pescar a un lago, pero sólo él logró cazar una carpa.

El párvulo gozaba del cariño especial del Mandatario y quizás por ello era un testarudito y obstinado. Después de capturar el pez se había ufanado como si hubiera cazado un tigre y no permitió a nadie que lo tocara. Insinuó al Presidente que iba a aparecer su caza en la mesa y alzó repetidas veces los brazos por encima de su cabeza, en un intento por mostrar el tamaño del pez.

El Presidente tomó y levantó un brazo del pequeñuelo para despabilar su ánimo: "¿Así, verdad? ¿Cómo cayó, siendo tan grande, en tu anzuelo? Probablemente hubiera querido probar tu técnica."

El pequeñuelo, puesto por las nubes, "ordenó" en voz alta que trajeran el plato de carpa.

No tardaron en servir la mesa. Al ver traer el último plato, el niño rompió en llanto. Lloró a moco tendido, se metió debajo de la mesa, donde acompañó el llanto con el pataleo. Estaba muy enfurecido, porque no podía mostrar el tamaño de su carpa por estar tronzada. La hermana y el hermano trataron en vano de calmarlo.

Nadie pudo sacarlo de debajo de la mesa.

Los hermanos del “testarudo” sudaron la gota gorda.

Entonces el Presidente dijo: “Es un verdadero porfiadito”, e hizo traer un recipiente grande. Recogió en él los trozos del pescado y reconstituyó la carpa. Luego, haciendo señas con la mano, llamó al chicuelo que persistía aún debajo de la mesa:

“Basta, mi cariño. Tu carpa ya está reconstituida. Sal a mirarla. ¡Qué grande es!”

Entonces el niño dejó de llorar, salió, se enjugó las lágrimas una que otra vez y echó una mirada furtiva a la mesa. Ante su asiento se veía la carpa en su tamaño original. El muy pícaro dejó entrever una sonrisa y dijo en voz alta: “Mariscal, ¡ésta sí es mi carpa! ¡Sírvase, abuelo!”

El Presidente soltó una carcajada. Los demás comensales le hicieron coro.

En el mejor terreno

Un día de octubre de 1973, el Presidente Kim Il Sung subió a la colina Moran y admiró el paisaje de la ciudad de Pyongyang. En un momento, indicando hacia la colina Namsan, preguntó a la comitiva: “¿Qué edificio será digno de asentarse allí?”

Los acompañantes no pudieron responder rápidamente; conocían más que claro la importancia del lugar.

El Presidente fue quien, al trazar el proyecto de rehabilitación y construcción de la ciudad de Pyongyang, después de la guerra, había fijado como centro de ésta esa colina y orientó formar la capital teniéndola como centro, pero hizo dejarla intacta. Desde ella se abarca con la vista el caudaloso río Taedong, la bella colina Moran y la llanura Munsu. Era un lugar maravilloso.

Con el tiempo, en los alrededores de la colina Namsan, se levantaron muchos edificios de distintos tamaños, pero ella seguía siendo un lugar desocupado.

Una vez, no se sabe en qué año, un diseñador confeccionó un proyecto que preveía colocar allí un imponente edificio gubernamental, por haberle parecido inaceptable que ese irreprochable terreno estuviera desocupado, y lo elevó al Presidente. Sin embargo, éste se negó categóricamente:

"¿Por qué en un lugar tan magnífico quieren construir un edificio gubernamental? En el centro de la ciudad debe situarse un edificio público, que sirva al pueblo y no uno gubernamental". Esta era la voluntad de Kim Il Sung.

Fue por esta razón que los acompañantes no pudieron responder de inmediato. El Presidente explicó en voz baja: "Por principio, en el centro de la capital han de ser ubicados los edificios al servicio del pueblo, tales como museo, club, biblioteca y palacio de cultura."

Dos meses después, o sea a mediados de diciembre de 1973 el Presidente Kim Il Sung subió a la colina Namsan. En esa ocasión declaró a los acompañantes que había llegado la hora de dirigir la atención a ese lugar, que como en Pyongyang se construyeron el Palacio de Cultura y el de Niños y Escolares, debía ser levantada allí una gran biblioteca, y que, de hacerse así, en ella podrían estudiar los adultos mientras en el palacio de niños y escolares se formaran los jóvenes.

Y agregó: "Si se construye una biblioteca aquí, en la colina Namsan, se alegrará mucho nuestro pueblo."

Así, sobre la colina Namsan, se irguió un majestuoso edificio de estilo coreano, al que el Presidente Kim Il Sung puso por nombre Palacio de Estudio del Pueblo.

“Primogénito” de la difunta señora Jang Kil Bu

Esto ocurrió en el mes de febrero de 1974, cuando falleció Jang Kil Bu, madre de Ma Tong Hui, combatiente revolucionario antijaponés.

Los que hacían los preparativos del funeral se enfrentaron a un problema delicado: la difunta no tenía hijos. Había consagrado a su hijo, hija y nuera a la lucha sagrada por la liberación de la Patria.

Según la costumbre de Corea, si mueren los padres, los hijos reciben a los que vienen a dar el pésame y presiden las ceremonias funerales. Por este motivo, a los funcionarios no se les ocurrieron las medidas a tomar.

Al fin decidieron informar de ello al Presidente:

“Según la indicación de usted, Presidente, los funerales de la difunta Jang Kil Bu van a efectuarse en homenaje nacional, pero no hay dolientes que reciban a las visitas. No podemos decidir el asunto.”

El Presidente, sin decir nada, se acercó a la ventana y, con gran dolor, expresó:

“Murió temprano; hubiera podido vivir cien años.”

Jang Kil Bu vivió 91 años.

Kim Il Sung declaró: “Yo haré las veces de su primogénito, y los generales procedentes de la guerrilla antijaponesa se desempeñarán como otros dolientes, para efectuar en debida forma los funerales de la difunta.”

“Presidente, en la historia no se conoce tal ejemplo”, repuso un funcionario.

“No, —asintió el Presidente— pero debemos hacerlo así.”

Al día siguiente, a la vista de los asistentes al funeral, se extendió una escena asombrosa: el ataúd de la difunta, que se conocía en vida por “Solitaria”, lo velaban cinco “hijos” con charreteras de general y cinco “nueras” con lutos blancos.

Visita en el último día del año

Era el anochecer del 31 de diciembre de 1983.

Kim Il, entonces vicepresidente, recibió la noticia de que el Presidente Kim Il Sung iba a visitar su casa. El, que estaba enfermo, se quedó petrificado. Ansiaba ver al Presidente, pero como este estaba muy atareado ese día, no esperaba su visita.

Apresuradamente, se dieron a arreglar la habitación.

Minutos después, llegó el Presidente.

Entró sin cumplidos en la habitación, aún no ordenada, y tomó la mano del enfermo.

“¡Presidente!”, apenas balbució el enfermo dejándose tomar su mano por el Líder. Le quedaba muy agradecido por las grandes atenciones que había dirigido para curarlo, y porque ahora se presentó en persona ante él.

El Presidente se interesó por los detalles de la enfermedad y por su tratamiento. Después de responder las preguntas, el paciente confesó que tenía pena por no asistir al trabajo.

El Presidente lo consoló diciendo: “Usted tiene derecho a descansar por los méritos ya alcanzados.” Y al verle seguir aún con el ánimo deprimido, trató de tranquilizarlo en lo posible, manifestando, entre otras cosas, que estaba satisfecho con los valiosos aportes que aun enfermo seguía haciendo a la revolución.

Luego, recordó su primer encuentro con el paciente. Era demasiado corta esa noche para evocar las innumerables peripecias que

habían sufrido en la larga trayectoria de lucha.

Y muy apenado por la cara enfermiza del enfermo, Kim Il Sung propuso: "Dejemos este tema para otra ocasión. Anda, hoy es el último día del año, ¿qué le parece si tomamos una copa? ¿Se lo han permitido los médicos?"

Kim Il respondió que no, por el momento. Entonces el Presidente dijo que si ello afecta a la salud, retiraba la propuesta, y le aconsejó que luchara con paciencia para recobrar la salud. Iba a decir algo más, pero no pudo. Volvió la cabeza, pues de súbito las lágrimas le velaron los ojos.

Kim Il tampoco pudo contenerse. Entre los llantos acertó a solicitar: "Presidente, por favor, cuídese de su salud. Ya no es joven. El exceso del trabajo no le hace nada bien."

Kim Il Sung, al no poder controlarse más a sí mismo, se levantó.

"Gracias. Me voy, para usted será difícil estar sentado por largos minutos."

Sin embargo, no pudo dar un paso, volvió a mirarlo un buen rato y le dirigió estas palabras con voz ronca:

"Cada año presenciamos juntos a la representación artística de Año Nuevo. Pero hoy usted no me acompañó en ella; yo, por las lágrimas no pude verla. Por eso he venido a visitarlo a usted."

Sosteniendo la mano del enfermo, Kim Il Sung tardó en despedirse.

Tumba de un mártir en Taehongdan

Esto sucedió en la primavera de 1985, cuando un joven funcionario que trabajaba cerca del Presidente Kim Il Sung, regresó de la visita a los lugares de combate revolucionario en la zona del monte Paektu.

El Presidente lo acogió alegre y preguntó su impresión sobre el recorrido, a lo que el joven respondió sin reserva.

"¿Estuviste en Taehongdan?", preguntó al final el Presidente.

"Sí, ese lugar estaba cubierto de azaleas en plena floración, tuve la impresión de haberme convertido en uno de los guerrilleros del Ejército Revolucionario Popular de Corea, que durante la guerra antijaponesa irrumpieron en la Patria al mando de usted."

"Que estuvo en Taehongdan…", repitió el Presidente como en su fuero interno, e hizo otra pregunta: "Ahí se encuentra la tumba de un combatiente antijaponés, ¿no la visitaste?"

El funcionario se cortó, ni siquiera sabía que allí se encontraba tal tumba.

"Fue por mi culpa —dijo con pena el Presidente—. Es la tumba del mártir Kim Se Ok. Me olvidé de recomendarte que depositaras un ramo de flores en ella."

Y añadió que el combatiente, aunque era un bonachón en el tiempo ordinario, actuaba como una fiera en el campo de batalla y que le dolió mucho que él cayera sin ver a la Patria liberada.

Remordido de conciencia por no haber hecho esa recomendación, Kim Il Sung lo evocó tanto a la hora del almuerzo, como a la hora de la cena.

Periscopio en el despacho

Era el 31 de diciembre de 1985.

Llamado por el Presidente Kim Il Sung, un cuadro se presentó en su despacho y se quedó atónito en el acto. El Presidente estaba tan absorto mirando por un periscopio que no advertía su presencia.

Pasado un buen tiempo el funcionario preguntó qué veía.

El Presidente se volvió hacia él y le invitó a ver con el dispositivo.

El cuadro, lleno de curiosidad, hizo lo que le dijo, y a su vista se extendió el Cementerio de Mártires Revolucionarios del Monte Taesong. Tuvo la impresión de que éstos corrieran a su encuentro. Abrazado al artefacto, el funcionario se puso a gimotear de emoción. Viéndolo en este estado de ánimo, Kim Il Sung dijo en voz ronca: "Cada vez que recuerdo a los compañeros de combate caídos, contemplo el Cementerio de Mártires Revolucionarios del Monte Taesong. Hoy, mientras lo miraba, tuve remordimiento de conciencia por no haberles profesado mayores atenciones."

Genealogía real y sello nacional reaparecidos a los 600 años

Un día de mayo de 1992, temprano por la mañana, el Presidente Kim Il Sung dirigió sobre el terreno la ciudad de Kaesong. Recorrió sin tomar ni un minuto de descanso las ruinas y reliquias de la localidad, entre ellas la tumba real de Wang Gon, situada a 8 kilómetros al noroeste de la ciudad. En esta última ocasión, al cabo de largos ratos de examinar la tumba, el Presidente observó que aunque Wang Gon fue el fundador de Coryo, primer Estado unificado de nuestro país, su tumba se veía modesta, que si la dejáramos en este estado, el difunto rey se quejaría desde su lugar de descanso, que los historiadores deberían elaborar un proyecto apropiado para reconstruirla mediante la consulta con los arquitectos.

Al conocer lo ocurrido, los descendientes de la desaparecida dinastía de los Wang lloraron de emoción y, al final, acordaron elevar al Presidente la genealogía real y el sello nacional, tesoro ancestral que venían guardando con cuidado en la familia.

En lo que se refiere a estas reliquias, permanecieron escondidas, generación tras generación, por no menos de 600 años, a partir

del derrumbe de la dinastía de Coryo, en 1392, por unos descendientes de Wang, que felizmente lograron escapar a la matanza perpetrada por la camarilla de Ri Song Gye.

"¿Cómo apareció la genealogía de Wang Gon? ¡Qué raros casos ocurren en esta buena época!", exclamó el Presidente, observando antigüedades. Y pasó hoja tras hoja el abolengo, repitiendo que Wang Gon fue el fundador de Coryo, primer Estado unificado en Corea, por eso había propuesto nombrar al país una vez reunificado República Confederal Democrática de Coryo. Y al aparecer el retrato del primer rey de Coryo expresó: "Al ver esta efigie se puede deducir que Wang Gon fue un hombre bien parecido", y soltó una carcajada.

Recomendó que conservaran bien la "genealogía de la dinastía de los Wang en Kaesong" y el cuño que este usaba. Luego, apreciando altamente la conducta de sus descendientes, les envió valiosos regalos.

Tumba de Tangun a los pies del monte Taebak

Un día de la segunda mitad de septiembre de 1993, Kim Il Sung visitó la tumba de Tangun, ubicada en la cabecera del distrito Kangdong.

Se veía pequeña y desastrada, azotada por siglos.

Después de examinarla pensativo, Kim Il Sung comentó: "Creía que la tumba de Tangun sería formidable, pero ahora la veo pequeña… Pensaba que en sus 500 años de dominación, la dinastía de los Ri habría hecho algo por ella, digno de mención, pero veo que no hizo nada."

Al terminar el recorrido, el Presidente dijo que el lugar de la

tumba no era apropiado y debía ser trasladada a otro lugar y reconstruida de la mejor forma; que él había escogido uno y propuso ir a verlo.

Al llegar con sus acompañantes a los pies del monte Taebak, ordenó detener el auto, bajó y observó con atención una elevación en la ladera del monte. La elevación ofrecía una vista despejada al frente y tenía una forma hermosa y perfecta, como si fuera una obra retocada.

El Presidente comentó contento: Para la reconstrucción de la tumba de Tangun viene como anillo al dedo este montículo, donde existen las ruinas de dólmenes de la comuna Munhung. La vista desde allí es abierta, se ve hasta muy lejos, como desde el Cementerio de Mártires Revolucionarios del Monte Taesong. Además, cerca de ella pasa una carretera, por eso es cómoda para visitarla en automóvil. En resumen, esa colina es más que apropiada para la tumba de Tangun.

Un historiador viejo exclamó: "¡De veras, es un lugar muy adecuado."

"¡Pues claro! Si aquí se levanta la tumba de Tangun, ofrecerá un magnífico panorama." Posteriormente, Kim Il Sung organizó el comité de reconstrucción de la tumba de Tangun. En cuanto a la importancia de esa tarea el Presidente indicó: "Reconstruir mejor la tumba de Tangun cobra una gran importancia para mostrar que Corea cuenta con una larga historia de cinco milenios, que nuestra nación es homogénea de la misma sangre desde su origen y que Pyongyang… es su cuna, donde está enterrada la placenta de Tangun."

También se refirió detalladamente a la orientación de la obra. Hizo que elaboraran impecablemente el proyecto de formación, para que la tumba fuese digna del primer rey de la nación coreana. Examinó y completó ese proyecto confeccionado por el comité de su reconstrucción y le puso su firma, el 6 de julio de 1994. Este resultó ser el penúltimo documento firmado por el Presidente

Kim Il Sung en vida, seguido por el referente a la reunificación de la Patria (el 7 de julio).

La obra de rehabilitación terminó el 11 de octubre del año 1994, a poco más de tres meses del fallecimiento del Presidente (el 8 de julio del mismo año). Ese día tuvo lugar el solemne acto de inauguración de la tumba de Tangun restaurada.

El último día de ilimitada abnegación

El 7 de julio de 1994, el Presidente Kim Il Sung pasaba horas atareado, como en todo el transcurso de su gran vida.

Por la mañana examinó el documento sobre la reunificación de la Patria y lo firmó, seguidamente atendió la labor para tomar disposiciones destinadas a prevenir los daños por inundaciones. Por la tarde, se interesó por los asuntos internacionales y dirigió el trabajo relacionado con la edificación de plantas eléctricas a base de aceite pesado y por la noche se ocupó de otros asuntos. Por ello no pudo tomar la cena como era debido ni a la hora fijada.

Al verlo tan entregado al trabajo, un funcionario le insinuó: "Por favor, tome la cena…"

"No quiero comer. De seguir trabajando así un poco más, se me despertará el apetito."

"Debe usted comer algo para seguir trabajando."

Entonces el Presidente contestó en tono bajo pero fuerte:

"Gracias…pero nos quedan muchos trabajos que hacer para el pueblo. …Si yo no los despacho, esa carga recaerá sobre el Comandante Supremo de ustedes. El camarada Kim Jong Il trabaja demasiado; tiene que atender todos los asuntos del país, tanto grandes como pequeños.

"Al verlo empeñado en el trabajo, pasando en blanco las no-

ches en aras del pueblo, no puedo permitirme un descanso.”

Avanzaban las horas de la noche veraniega, pero el octogenario Presidente no dejó el trabajo. Ora examinaba un documento, ora telefoneaba para de nuevo atender otro documento. …Así pasó la última jornada de abnegación por el pueblo.

Sobre la ilimitada abnegación del Presidente que consagró todo lo suyo, hasta el último momento de la vida, por el Partido y la revolución, la Patria y el pueblo, el Dirigente Kim Jong Il dijo así:

“El gran Líder falleció en su oficina de trabajo mientras realizaba enérgicas actividades en aras del Partido y la revolución, la Patria y el pueblo. Su muerte ocurrió en el curso del cumplimiento del deber. En este mundo nuestro Líder es el único dirigente que realizó enérgicas actividades hasta el último momento de la vida y concluyó impecablemente su trabajo. En este aspecto también fue sobresaliente entre los grandes hombres.”

ANECDOTAS DE KIM IL SUNG 1

Autores: Kim Kwang Il, Pak Hak Il, Han Jong Yon
Redacción: Kim Song Mo
Traducción: Pak Yong Sam, Han Chol Ryong
Edición: Ediciones en Lenguas Extranjeras
Dirección: Barrio Sochon, municipio Sosong, ciudad de Pyongyang

No. 78388